

LA TENTACION DEL PODER

—La Iglesia Latinoamericana en vías de liberación—

La tentación del poder no ha dejado de acosar permanen
temente a la Iglesia Católica a lo largo de sus casi veinte
siglos de historia. Lo verdaderamente grave, con todo, es
que con demasiada frecuencia la Iglesia ha cedido ante esa
tentación.

Nacida como aliada de quienes no tienen poder, se ha
convértido muchas veces en soporte fundamental de los podero
sos de la tierra. Instancia crítica de todo poder temporal
establecido, ella misma se ha presentado históricamente, de
múltiples maneras, como poder temporal establecido. Y no pe
queño precisamente.

Es importante advertir que por Iglesia entendemos aquí
tanto la comunidad universal de los seguidores de Jesús de
Nazaret, cuanto su representación oficial a niveles jerárqui
cos. También es conveniente señalar desde el principio nues
tra convicción de que todo poder no compartido resulta opre
sor, virtualmente o de hecho, pretendida o no pretendidamen
te.

No es el propósito de estas reflexiones hacer un recuen

to histórico de las vicisitudes de la Iglesia en relación al poder. El tema es largo y complejo. Baste indicar la importancia singular y decisiva que tuvo, a este respecto, la conversión al cristianismo de Constantino el Grande, en los primeros años del siglo IV de nuestra era, El cristianismo, perseguido sistemáticamente hasta entonces, pasa enseguida a ser lo que hoy podríamos llamar "religión oficial del Estado". La Iglesia pacta con los poderes establecidos y, a cambio del apoyo y privilegios de todo tipo que recibe del emperador, se convierte ella misma en apoyo y factor clave de la cohesión y estabilidad del Imperio.

Este hecho, importante en sí, cobra un extraordinario relieve si se toma en cuenta que el "constantinismo" no ha dejado de ejercer una influencia decisiva en el comportamiento de la Iglesia a todo lo largo de la Edad Media y siglos posteriores. Es más, puede afirmarse con seguridad que la "mentalidad constantiniana", lejos de haber muerto, está presente todavía hoy y es vigorosa en amplios sectores de la Iglesia Católica.

A juicio de muchos, el Concilio Vaticano II (1962 - 1965) intenta precisamente entre otras cosas clausurar, tardiamente y con cierta timidez, esa larga era constantiniana , como única forma de recuperar su propia libertad parcialmente perdida. En dicho Concilio se afirma que "no impulsa a la I-

glesia ambición alguna terrena" y que el único móvil de su acción misionera es "dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido".

Situados en la perspectiva de lo que venimos diciendo y a grandes rasgos, podemos afirmar sin duda que América Latina, ya desde su nacimiento en 1492 y después a todo lo largo de su corta historia de casi cinco siglos, ha sido escenario característico de una Iglesia Católica poderosa y aliada con los poderes temporales establecidos. Honrosas excepciones vienen a confirmar la regla. La conquista de la Indias Occidentales fue concebida desde un primer momento por quienes la impulsaron como una sola empresa de expansión imperial y misionera. Esa misma concepción, rígidamente medieval y constantiniana, es la que inspiró la consolidación posterior del régimen colonial. Ni siquiera las Guerras de la Independencia —hechas al margen, pero no en contra de la Iglesia— alteraron fundamentalmente el viejo esquema de correlación de poderes. Finalmente, durante todo el siglo XIX y primera mitad del XX, la Iglesia Católica ha venido luchando por no perder su posición de privilegio en este vasto escenario que componen ahora el conjunto de los recién creados Estados latinoamericanos.

A cambio de esa posición privilegiada, la Iglesia ha servido en América Latina de soporte fundamental, junto a las burguesías locales y las instituciones armadas, para la consoli-

dación de las estructuras económicas, sociales y políticas vigentes en cada momento y en cada lugar. En ese "trípode del poder"*, las burguesías locales, articuladas con las instituciones del poder transnacional, han controlado tradicionalmente los medios de producción y comercialización y, en definitiva, los poderes del Estado. Las fuerzas armadas han venido siendo la expresión principal del aparato represivo del Estado, garantía del monopolio estatal de la violencia. La Iglesia, uno de los aparatos ideológicos de ese mismo Estado.

La importancia de la Iglesia como aparato ideológico del Estado, es cierto, se ha visto en los últimos años parcialmente desplazada tanto por el desarrollo del aparato de la educación formal laica como por la expansión de los medios de comunicación colectiva. No se puede tampoco desconocer —y esto es lo que deseamos subrayar particularmente— que esa merma de su poder político tiene también causas que poco o nada tienen que ver, al menos directamente, con factores externos a la Iglesia misma.

El Concilio Vaticano II, como apuntábamos arriba, señaló oportunamente en 1965 las líneas maestras para un cambio de rum

* Tanto la expresión "trípode del poder" como algunas de las ideas del presente artículo han sido tomadas del trabajo de Fernando Reyes Matta y Rafael Roncagliolo "Iglesia, prensa y militares", ILET, México, 1978.

bo fundamental a nivel de la Iglesia en general. A nivel latinoamericano, es la II Conferencia General del Episcopado (Medellín 1968) la que desata un importante movimiento al interior de la Iglesia Latinoamericana, movimiento que, al intentar quebrar la vieja alianza con los tradicionales detentores del poder económico y político, supondrá en el futuro una decisiva alteración de la correlación de las fuerzas sociales que operan en el continente. Tanto más cuanto que la Iglesia Latinoamericana no se limita a romper el esquema del "trípode del poder" sino que, desde una perspectiva nueva, toma posición ahora en favor de todos los pobres y oprimidos del continente. La III Conferencia General del Episcopado (Puebla, 1979) acaba de refrendar todas las tomas de posición fundamentales adoptadas por aquella II Conferencia.

La renuncia al poder político por parte de la Iglesia, es, paradójicamente, un acto de profunda significación política. Sobre todo si se toma en cuenta que esas declaraciones formales de la Iglesia Latinoamericana han tenido repercusión evidente a nivel de la praxis de los cristianos. No es posible en este breve trabajo de síntesis reseñar toda una serie de hechos, de profunda significación libertaria a lo largo y ancho del Continente, entre cuyos protagonistas se han encontrado más y más cristianos. Nicaragua y El Salvador son sólo dos de los ejemplos más recientes. La reflexión teológica sobre esa nueva praxis cristiana integral, vertebrada en una

inequívoca lucha por la justicia, ha generado un importante movimiento de pensamiento cristiano conocido ya universalmente como "Teología de la Liberación". La realidad latinoamericana de los últimos años obliga a cuestionar el dogmatismo de quienes no han sabido ver en la Religión otra cosa que no sea opio de los pueblos. No haría falta subrayar, sin embargo, el hecho también evidente de que no toda la Iglesia Latinoamericana se ha salido de lo que hemos venido llamando "trípode del poder". Como ya insinuábamos antes, aún permanecen resabios del viejo constantinismo en ciertos sectores de la Iglesia Latinoamericana. Todo ello lleva a una interesante y probablemente fecunda confrontación interna.

No vamos a estudiar aquí las múltiples causas que han llevado a grandes sectores (incluso jerárquicos) de la Iglesia Latinoamericana a tomas de posición tan afines a las del cristianismo primitivo preconstantiniano. Con todo y desde una perspectiva estrictamente sociológica, no queremos dejar de señalar un par de razones que quizás expliquen parcialmente el para muchos sorprendente fenómeno. Por cierto y ello abre un margen mayor de esperanza, estas dos razones son válidas también en mayor o menor grado para las instituciones armadas.

La Iglesia como institución tiene una relativa autonomía potencial o virtual, pues posee un rol específico susceptible de ser redefinido con independencia, y hasta en abierta contradicción, con el "statu quo". Este rol específico es absoluta-

mente obvio en el caso de la Iglesia, ya que esta institución tiene la experiencia histórica de haber subsistido bajo los más diversos regímenes.

Por otro lado, la Iglesia está internamente implicada por las luchas sociales, que se introducen en su ámbito por las vías de los distintos orígenes de clase de sus miembros, de sus variadas experiencias institucionales y de sus disímiles percepciones de los conflictos en curso. Como fruto de esas ambigüedades, es evidente el resquebrajamiento del "trípode del poder" que avanza desde la Iglesia Católica. Progresivamente esta Iglesia se distancia y se opone a los representantes contemporáneos de un sistema de poder que se resiste a ver debilitada una de sus tres bases seculares.

La Iglesia Católica en América Latina está poco a poco volviendo a ser, después de un largo y oscuro paréntesis, signo eficaz de redención y liberación de los pueblos. Y lo será del todo y sin ambigüedades en la misma medida en que vaya venciendo definitivamente las muchas tentaciones de poder que la acosan. Para esperanza de los pueblos oprimidos de América Latina, la Iglesia Católica parece decidida a volver a ser la "Iglesia de los Pobres" que hace casi veinte siglos fundara Jesús de Nazaret.

JOSE IGNACIO REY